

## TEATRO DE LA GUERRA

—  
Campamento Tuyu-Cué

Octubre 10 de 1867.

(Correspondencia de la TRIBUNA.)

La lluvia que esperábamos coincidió con el cuarto creciente de la luna, que si no estoy equivocado tuvo lugar el 6.

Había sido un día de esos en que la atmósfera pesando como una plancha de plomo hace penosa la respiración. El sol, aunque velado por grupos sucesivos de nubes que iban y venían lentamente siguiendo distintas direcciones, quemaba como en los días ardientes de la canícula. El poco aire que circulaba producía en el rostro el efecto de una quemazón de la Pampa cuando se la cruza a galope tendido. El viento soplabá del Norte y del Sur, resistiendo más en esta última dirección. Hacia la caída de la tarde, arreció el viento, los vapores condensados durante el día en forma de capas nebulosas horizontales, inconmensurables, de un color ceniciento, festoneadas de blanco, comenzaron a fruncir el ceño, tomando poco a poco el tinte característico de un limbus diluviano. Repentinamente Eolo corriendo del Sudoeste al Norte se fijó en él, bramando furioso; y oscureciéndose el firmamento, cuyas alturas brillaron iluminadas por el fuego eléctrico de la tempestad y tronando con tal fragor que la tierra retemblaba, se desplomó la lluvia, cayendo durante un cuarto de hora a lo sumo un granizo, cuyo tamaño variaría desde el de una avellana hasta el de un huevo de paloma, y que empezando por los pájaros y acabando por los hombres obligó a todo el mundo a buscar un abrigo. La tropa se guarecía bajo de los árboles detrás de las carretas, en los ranchos y las aves junto con ellos dejándose coger inofensivas. El que no haya visto esta tempestad no sabe lo que son los elementos cuando desencadenándose los vientos, rompiéndose las cataratas de cielo, descargando las nubes su electricidad hacen que el alma se repliegue sobre sí misma para contemplar con pavorosa admiración el poderío de la naturaleza y del Dios que la creó.

A las nueve de la mañana, la lluvia había cesado y una claridad traslúcida, destellada por las titilantes estrellas envolvía la tierra y las regiones supersensibles, en un resplandor opaco; el viento soplabá flojo, corría un aire menos carga-

do de electricidad, los pulmones se abrían de suyo, como absorbiendo la vida; pero el tiempo no se había compuesto del todo. Cierta malestar inexplicable que se sentía lo revelaba.

Pasó la noche.

Al día siguiente los esteros estaban llenos de agua, los pajizos campos habían recobrado su perdida lozanía, la arboleda y los naranjos brillaban relucientes iluminados por un sol radiante, que recalentando la corteza terrestre y haciendo escapar sus mortíferas exhalaciones auguraban un día peor que el anterior.

Los sanos podíamos engañarnos, los que estaban enfermos no.

Hubo pues, una recrudescencia y el cólera siguió su campaña de devastación.

Las cifras de los hospitales y los nombres propios de los compañeros que se han ido hablarán más fuerte que yo.

Hemos perdido al general Dominguez, al coronel D. Severo Ortiz, a los sargentos mayores Almada, al capitán Hunt, al teniente Ceballos, al alférez Bar, del 12 de línea, un cirujano inglés del 2.º Cuerpo, el teniente Ayala del [ilegible] de línea, el mayor Benitez ayudante de órdenes del general Mitre y las defunciones de la tropa no bajan del cincuenta por ciento de los atacados, — notándose que son casos casi perdidos todos los fulminantes y los que se producen en enfermos atacados previamente de disenteria o diarrea.

La consagración del cuerpo médico no decrece; día y noche véseles en su puesto, a la cabeza de los coléricos, ocurriendo al llamado de todo el que los reclama. El ejército les está grato, y los que con la misma abnegación e intrepidez han restañado la sangre del soldado en el campo de batalla, que sustentado su cuerpo en el hospital, cuando el paciente se retuerce desesperado por el intenso dolor de los calambres, han conquistado laureles tan hermosos y merecidos que nosotros mismos podemos envidiarlos. Yo no me cansaré de repetirlo; los médicos del ejército del Paraguay han llenado y siguen llenando su misión de humanidad con una virtud rara en los anales militares.

Los batallones más atacados han sido la 1.ª legión militar, el 12, y el 3 de línea. En el primero ha disminuido; en el 12 sigue haciendo estragos, no tanto en el 3. En los demás cuerpos los casos son contados. De todos modos esto es peor que una batalla. Y qué energía moral no se requiere para resistir a las emo-

ciones del día; se necesita tener el corazón del tamaño del pecho para no estallar. Admirable es sin duda el valor de las batallas. Pero es un valor que se hace, porque responde a ciertos resortes del alma. El valor inaudito, el valor que no todo el mundo posee es el valor contra las pestes, que son un misterio para la ciencia, que nadie sabe de dónde vienen, qué las produce; ese valor, de todos los momentos, porque el ejemplo de nuestros amigos y compañeros llenos de vida ayer, cadáveres hoy, es como un grito amenazante, sentencioso, siniestro de la muerte; ese valor, que es el sublime valor, porque es necesario tenerlo fríamente, sin defenderse, ese valor en fin, tanto más raro cuanto que nadie se cree deshonrado confesando que tiene miedo al flagelo.

Veremos el día de hoy cómo pasa. El tiempo está hermoso.

La tropa ha recibido grasa para poder cocinar su farfalle y su arroz, porque la carne que de algún tiempo acá comemos, merece ese nombre solo porque es una sustancia extraída de un animal que se llama vaca. Si se la analizara químicamente está tan flaca que se hallaría ser más los elementos nocivos que contiene que los a propósito para la nutrición humana.

Se han ordenado fumigaciones de espartillo verde. Prisioneros paraguayos dicen que las dos veces que ellos han tenido el cólera lo han aventado así, haciendo cada soldado en su rancho un sahumerio.

Después del famoso combate de caballería por nuestra derecha, el enemigo no ha intentado cosa formal. Se ha mostrado causando dos alarmas que nos han tenido un momento sobre las armas. La última fue ayer. Por si llegase desfigurado el hecho diré que todo fue efecto de palabras aumentadas por los ayudantes. Vino el parte de que una fuerza de infantería y caballería salía de la trinchera, y cuando llegó al general D. Emilio Mitre, con la orden de que estuviera pronto le dijeron: que se apronte el 2° cuerpo que el enemigo ataca por San Solano con fuerzas superiores. Mientras tanto de San Solano preguntaban por el telégrafo si había novedad en el primer cuerpo de ejército brasileño.

A propósito, en una proporción semejante a la nuestra se está haciendo sentir el cólera allí, aunque no me consta que hasta ahora haya muerto ningún jefe superior, ni oficial de cré-

dito.

El General Osorio estaba ayer muy alarmado e inquieto.

Parece que el visconde de Porto Alegre ha quedado muy ganoso desde el combate del 24 del pasado. Pero los paraguayos reposando sobre los laureles que ese día recogieron por nuestra izquierda, desdeñan las invitaciones, casi cotidianas, hechas por el General en persona.

Un oficial cuya palabra me merece entera fe le halló días pasados, viniendo de Tuyutí, apuntando él mismo dos cañones, que había hecho avanzar, sin más escolta que su Estado Mayor.

La carta en que refería el hecho de armas del 24, me ha valido algunas críticas.

Invito por toda contestación a leer el parte del visconde de Porto Alegre. Es acaso casual que se lean en él estas palabras: “no pudiendo precisar el número de heridos, siendo, sin embargo, uno de estos, aunque levemente, por un casco de granada en la cabeza, el Brigadier Alejandro Manuel Albino de Carvalho” Espera, pues, a que se precise dicho número, si es que llega a ver la luz pública alguna vez. Entonces puede ser que sepamos cuántos muertos tuvo el ilustre visconde, porque en el parte a que me refiero no se hace de ellos la menor mención. El otro acerto del parte, — “el ataque se ejecutó con intrepidez y chocando nuestra caballería etc”, no me atrevo a contradecirlo. Debí ver mal con el telescopio.

Y la prueba de que debí ver mal, es que tampoco vi salir las columnas de infantería que obligaron a retirarse al Vizconde y repasar el estero. Las columnas que yo vi salir de la trinchera debieron ser otras. Y la prueba de que debieron ser otras es que cuando la caballería brasileira se retiró repasando el estero, esas columnas estaban a tiro de cañón de ella, y la caballería del Vizconde no podría retirarse solo porque veía infantería a tres mil metros. El espectáculo de una batalla es tan excitante, que no hay que extrañar ninguna aberración de los sentidos.

Indudablemente que de mi narración se deduce, que el combate tuvo lugar lejos de la trinchera enemiga, y que del parte del Vizconde resulta otra cosa. Cuestión de óptica o de apreciaciones como diría Cabral; no por eso han de resucitar, a Dios gracias, los centenares de paraguayos que quedaron tendidos ese día en el gran estero.

Han cesado los rumores de paz.

La escuadra..... veo de vez en cuando levantarse en el horizonte un humo blanco que ascendiendo en caprichosas espirales se pierde en el cielo y de intervalo en intervalo en estampido fragoroso. Esto es de día, de noche, brilla de vez en cuando una claridad semejante al resplandor de una aurora boreal, y como de tiempo en tiempo se hace oír una poderosa detonación, deduzco que la escuadra se halla donde la dejamos la vez pasada.

A propósito de la armada imperial, o mejor dicho de la 1a gran división naval encorazada.

Veo que algunos diarios de Corrientes, Buenos Aires, Montevideo y Brasil se divierten con mi inofensiva humanidad, fustigándome, por activa y por pasiva; porque falseando los hechos hoy injustos y severos, irreverente y malo con los generales de marina brasilera.

En Corrientes, un caballero, a quien no tengo el honor de conocer, y que me lleva la ventaja de conocerme muy bien, dice que los estudios militares los he hecho en Palermo. Confieso que no lo sabía. En Buenos Aires otro caballero a quien tampoco tengo el gusto de conocer y que me conoce a mí, pues, está aquí a mi lado, dándome la mano, todos los días quizá, insinúa lo bastante para que me retire de los círculos donde me hago fastidioso. Del enemigo el consejo, y con tanta más razón cuanto que siguiéndolo dejaré de hacerme odioso. En Montevideo, otro corresponsal me bate el cobre porque ahora tengo un nombre que antes no tenía. En el Brasil asegura otro lince de la prensa que hablo por inspiración ajena. Como se ve, todo es muy gracioso, sumamente gracioso, no puede ser más gracioso, así es que me voy a permitir no descender hasta el terreno de mi justificación personal. No puedo ahora ocuparme de detalles tan importantes, que se refieren a si escribo con buen estilo, si me hago el convidado de piedra a menudo, si fumo buenos habanos de mogollón, si estudié con provecho en Palermo, si soy persona de fuste, es decir, mozo decente o un cualquiera. Qué ganaría la guerra con saber cuál es la madre que me parió? Qué ganaría la historia? Lo repito, pido permiso a los caballeros que he mentado para prescindir de mi persona y sostener que es falso este aserto del escrito titulado: Refutación a los ataques del corresponsal Tournalourou de la Tribuna: "En la correspondencia no se menciona que Mitre había ordenado al almirante de

“bajar a su antiguo fondeadero de Curuzú y que es-  
“te respondió que no lo haría sino con una orden  
“explícita del Marqués de Caxias, advirtiéndome  
“que en este caso pediría su dimisión.”

Contesto.

En la correspondencia no mencioné la orden  
esa, que se pretende fue expedida y desobedeci-  
da, porque ignoraba que ella hubiese sido dada.  
Ahora que la revelación se hace públicamente,  
sosteniendo que el General Mitre ha ordenado  
un acto de cobardía; ahora digo que si esa orden  
me mostraran firmada por el General Mitre, mi  
contestación sería: esa firma es falsa, López es  
quien la ha forjado.

El General que sostuvo la necesidad de forzar  
el paso de Curupaití; que sostuvo la necesidad  
de forzar el paso de Humaitá, y que probable-  
mente tendrá que modificar su plan de operacio-  
nes, si la escuadra persiste en su actual actitud,  
el General que no cree, como José Ignacio, ni  
como los defensores de José Ignacio, que es su-  
mamente imposible forzar a Humaitá, porque  
si lo creyese no lo hubiera aconsejado, ese Ge-  
neral decía, no puede haber dado la peregrina  
orden que se dice dio, y no fue cumplida.

Es más que probable, —que los que han que-  
rido volver al fondeadero de Curuzú sean los  
que están satisfechos con lo que llamaron o *fat-  
to mais glorioso* de esta guerra; es más que pro-  
bable, que los que han querido volver al fondea-  
dero de Curuzú, sean los que han faltado a lo  
que ofrecieron hacer, dos horas después de for-  
zado Curupaití, —no el General en Jefe del Ejér-  
cito aliado, burlado a no dudarlo en sus espe-  
ranzas y en sus conjeturas.

Antes que hable la historia hemos de saber  
quién dice bien, si el defensor del almirante  
brasileño o yo. Si él, que sostiene que el Gene-  
ral Mitre mandó una orden que habría sido el  
mayor triunfo de López, o yo, que niego el he-  
cho como emanado del General Argentino,  
porque la lógica y las pruebas de carácter que  
tiene dadas durante su vida militar me dicen  
que hay órdenes que él nunca dará.

Hay calumnias que tienen que aclararse pron-  
to; una mentira muy preñada es como una nube  
muy cargada de electricidad.

Y, dígame lo que se quiera, si la escuadra bra-  
silera fuese nuestra ya habría volado gloriosa-  
mente en Humaitá, o estaríamos en la Asunción,  
o descansando de nuestras fatigas.

En mi próxima carta teniendo ya a la vista

estereotipada mi anterior, continuaré el párrafo referente al asedio o circunvalación de las líneas atrincheradas del enemigo. Veremos qué dicen entonces los que me suponen como un chiquillo de escuela dócil y maleable, bajo la influencia de hombres cuyo patriotismo, cuyas virtudes militares, cuyos talentos sin embargo respeto; los que creen ofenderme acusándome de Baswelismo; porque ellos sí, que en su egoísmo mezquino, en su miserable orgullo, en su envidia roedora son incapaces de entregarse a nadie con verdadera devoción, sin pensamiento preconcebido, por el bien de una causa, de una religión, de una idea; porque ellos sí que son incapaces de un acto de confianza generoso, de un movimiento de abnegación, de rendir servicio alguno cuyo precio no hayan antes regateado. Felizmente no me aflijo! Todos ellos elevados a la quinta potencia no me harían apartarme de mi línea de tendencia, ni cejar del camino. Me basto a mí mismo y puedo defenderme con mis manos, con mis libros y mi pluma en una época en la que todo benefactor se convierte fácilmente en enemigo por la sola persistencia de su actividad. Ciegos! El porvenir es el único colirio que iluminándolos los hará ser justos e imparciales. Voy a concluir; pero no lo haré sin pedir disculpas por las digresiones antecedentes.

Hoy hemos tenido un parlamento. Mejor dicho, dos, uno de indios del Chaco, tipos en realidad singulares. Otro del enemigo. Con qué objeto vino el último lo ignoro. Sé solamente que el general Hornos, habló con el mayor que lo presidía. No se opone lo cortés a lo valiente, así fue que el general le mandó memorias a su antiguo conocido D. Francisco Solana. Parece que el mayor era hombre cumplido. Hablando de la guerra dijo: deseo que se acabe para que nos demos la mano. Y luego: pero como no se ha de acabar sino cuando se acabe el último de nosotros quién sabe cuando será.

Las defunciones y entradas han sido hoy mayores en el hospital del 1er. cuerpo que en el del 2°. En los últimos días han sido al revés. El cuadro que sigue dará una idea más cabal de los efectos producidos por el cólera que cuanto llevo dicho sobre él.

Hospital General del Ejército Argentino.

Estado general que demuestra el movimiento de los coléricos en el expresado, desde el 23 de Setiembre, hasta el 9 del presente inclu-

sive.

	Gefes	Oficiales	Tropa	Total
Entraron	6	14	290	303
Murieron	6	12	129	140
Salieron a convalecer	“	2	49	51
Quedan existentes	“	“	112	112

En este número no están incluidos, —ni los bibanderos ni las mujeres, ni los chiquillos que han sido atacados, falleciendo un buen número; ni los enfermos en los hospitales de observación de los cuerpos.

Son las 10 de la noche. Corre una brisa suave, las estrellas brillan en un cielo límpido y azulado, un coro uniforme de sapos y ranas se mezcla al murmullo del ejército que está alegre porque le han pagado.

Tengo no sé qué presentimiento de que la peste se va. Si continúa espero también que sus estragos no serán mayores que los experimentados hasta aquí. El ejemplo ha aleccionado a muchos. Si el General Dominguez, el Coronel Ortiz, el Comandante Benitez y otros hubiesen vivido mas parsimoniosamente quizá no lleváramos luto en el corazón por ellos.

Tourlourou.